

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Subscriptiones.—En la Península: Un mes, 1 peseta.—En el Extranjero: Tres meses, 7 pesetas.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—Toda la correspondencia y paquetes, dirigidos al Administrador.—No se devuelven los originales.—Redacción, Juan Peral 34.—Administración: General Aznar, núm. 10.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París: Mr. Lozette, 14, rue Rougemont; Mr. John P. Jones, 31, Faubourg Montmartre.—New York, Mr. George B. Pike, 21, Park Row.—Berlín, Rudolf Mosse Jerusalem Straupe, 46 y 48.

Un recuerdo y una súplica

La actitud de escritores apasionados, que para convencer á sus contrincantes de los beneficios que á la nación francesa debe España pintar la historia de este pueblo en una fase de su vida, recuerda la lógica generalmente empleada por pleiteantes vulgares ó de mala fe, resaltando de su causa la parte para ellos menos desfavorable, con el fin de trobarla en argumento.

Los que reconociendo los males que de Francia han provenidos, los condenan para proclamar que hoy no conserva la marca del pasado, denotan la obcecación, solo explicable por la calidad del tema que defienden. Del amor de los pueblos, como del de los individuos no se puede apreciar la existencia por una consideración aislada, menos aún cuando se hace despreciando antecedentes importantes intercedentes.

Y los antecedentes que de Francia, nuestra nación guarda, son de los que pueden olvidarse, porque las heridas que recibió, los trances que hubo de arrastrar, las humillaciones que tuvo que sufrir han dejado huella indeleble en su quebrantado espíritu, imprimiéndole una eterna desconfianza.

En esta hora solemne en que los pueblos más grandes se acometen, y si abren la Historia es para echarse errores é injusticias, España, duramente alucinada, ni acusa, ni odia, ni maldice; antes bien, presente, entristecida, la obra fatal de discordia y de muerte; pero tendría que abdicar de sus glorias, aborrecer á sus héroes, antes que tejer, con la palma del dolor, coronas de gloria, para ofrecerla á un pueblo que nunca aprendió á amarla, y supo en cambio aborrecerla.

España tiene presente que las guerras sostenidas contra ese pueblo por el inmortal Carlos V, con gloriosa fortuna, fueron provocadas por el desmedido orgullo del rey francés y el incumplimiento de sus promesas. Sabe que Felipe II y su sucesor tuvieron enfrente la enemiga de Enrique IV. No olvidaba que la paz de Westfalia fué rudo golpe asentado al poder nacional, ni olvida que, gracias á Francia, logró Portugal su independencia, cuando por una paz, la humillante paz de los Pirineos, el compromiso de no prestar fuerzas con que rebelarse, era para España quizá el único con que de tamaños infortunios. Nuestra patria encierra la de Aquisgrán en una serie de capitulaciones impuestas por el ardor y el rigor del adversario, de las que Nimega y Rastibona sayaron en la ignominia. La vez que el genio francés desplegó relativa benevolencia, mientras firmaba el convenio de Riswick, tuvo la visión del Trono de España, que poco después hubo de ocupar el nieto de Luis XIV, de aquel monarca que en frase «L'Etat est moi» resumió el más acendrado despotismo.

Después... sancionó Carlos II el Pacto de Familia, bien ajeno de los torpes propósitos que á Francia movieron, y no sin pagar cara España su confianza ayudando á su aliada contra Inglaterra, cuando nuestra pobre nación también de esta era víctima, y reclamó, en atención á lo pactado, auxilio de aliado los Pirineos, donde creyó encontrar solidez y afecto, halló la más cruel indiferencia y la burla más afrentosa.

Por fin llegó un momento en que la soberbia francesa se desbordó, y como una de tantas presas alcanzadas por el tirano para saciar su po-

derio, España fué repartida, profanada, y hubiera sucumbido de no surgir, con el rugido del león herido, épico son de guerra que conmoviera al pueblo.

La patria, que ha sufrido tanto, que ha visto aliadas las escuadras francesas é inglesas contra ella; que ha sufrido los mayores ultrajes y resistido innumerables bochornos, no puede admirar á ese pueblo, que aún hoy huye de reconocer los males que nos acaeció siempre.

Pidamos á los partidarios de la causa de la nación vecina, á los que abogan por nuestra intervención en la contienda, que repasen serenamente la Historia. Y si después de recorrerla, todavía hay quienes piden la inmolación de hombres en pro de la causa extranjera, sabremos, para como de vergüenzas, que en nuestro propio suelo existen españoles renegados que anteponen el miedo y la conveniencia al patriotismo y al sentido común.

Cayo Ortega Pérez.

Las huelgas

Madrid 17-9 m.

El gobernador de Almería anuncia que en sierra Utriqueos huelgas los obreros canteros y peones, por diferencias con el director de la sociedad explotadora.

El gobernador de Oviedo telegrafía que los obreros de las minas de Lareo han reanudado el trabajo.

De Sama comunica el alcalde que en la asamblea de ayer, celebrada por el centro obrero de Polguera, acordaron los obreros dar un plazo de ocho días á los patronos para que les concedan dos reales de aumento en el jornal diario.

Al ritmo de los días

El encanto de la ciudad

¡Qué dulce encanto arrivar á una ciudad de noche! He llegado á la estación frívola y cosmopolita. Las luces de carbón y gas dan de una manera pálida y triste, ambiente húmedo y sofocante. Se ve, flota una exquisita luz provinciana que nos hace perdonar las molestias de un viaje largo... Despreciamos la multitud de coches que nos brindan las excelencias de sus míseros vehículos y marchamos solos como queriendo apurar gota á gota la grata sensación del camino rodeado de palmeras que al inclinarse parecen enviarnos una bienvenida eterna.

Estamos en la Esplanada; á un lado, la alegría cosmopolita de los Casinos y cafés; al otro, nuestro mar Latino que murmura su eterna canción y sobre el negro firmamento del puerto, se dibuja el perfil árabe y aristocrático del Club Náutico.

Nos internamos en las calles de la población levantada: todas son alegres y sus blancas casas parecen brindar al cansado caminante un reposo en la corriente, un alto en la marcha y sobre la obscuridad de la noche se dibuja la esbelta figura de la mujer alcañina, musa gallarda de esta tierra de flores y sol.

Jiménez de Lotang.

Alicante Septiembre 1915.

De Sociedad

Acompañada de sus hijos ha marchado á la Corte la distinguida esposa de nuestro apreciable amigo don Ricardo Mur, Director de esta prisión asfáltica.

—En Sorla donde reside, ha fallecido el hermano de nuestro apre-

ciable amigo el catedrático de este Instituto, don Constantino Guizarrero.

Reciba nuestro pésame más sentido.

—Salió para Alicante nuestro apreciable amigo don Antonio Mesador.

Le deseamos un feliz viaje.

—En el Escorial ha fallecido don Francisco Figuera, esposo de la distinguida señora doña Rosario García-Alix, hija de nuestro inolvidable amigo el diputado que fué por esta circunscripción, don Antonio.

A la familia del finado enviamos nuestro pésame.

—Distinguidas señoritas de esta ciudad, se han ofrecido al Presidente de los Exploradores para bordar una bandera para dicha institución.

El ofrecimiento de nuestras bellas paisanas, es digno de aplauso.

—Se encuentra bastante mejorada de la enfermedad que sufre, la señora doña Julia Molina, esposa de nuestro amigo el comerciante de esta plaza, don Esteban Llagostera.

Lo celebramos.

—Hasta el día dos del próximo mes de Octubre, han sido aplazados los Juegos Florales Juveniles, que se celebrarán en el Teatro Principal.

—Han marchado á la capital, nuestros queridos amigos don Antelo, y el virtuoso sacerdote don Gregorio Sánchez.

—Ha regresado de Torrevelilla, la distinguida familia de nuestro querido amigo don Manuel Pico.

Bien venido.

—Se encuentra en esta el ex-inspector del cuerpo de ingenieros de minas, nuestro respetable amigo don Manuel Malo de Molina.

Bien venido.

—En los sucesos ocurridos recientemente en Almería, ha resultado herido recientemente el inspector de vigilancia de aquella ciudad, nuestro querido amigo don Jesús Sáez y Sobrino.

Sentimos el percance y le deseamos un pronto restablecimiento.

La mujer

Tesoro de placer y dicha pura, ídolo del amor, fuente de vida, es feliz cuando bien se ve querida, y es rico manantial de fiel ternura.

Ángel de bendición y de ventura, el amor ó el desdén jamás olvida, y para recobrar la fe perdida, sagaz tiende la red de su hermosura.

Buena esposa, hace al hombre venturoso;

buena madre, el amor sublime prueba; buena hija, es el ángel más hermoso;

Pero en el corazón envuelto lleva á veces, el contagio venenoso de la serpiente infernal que tentó á Eva.

F. Sacristán Ramos.

Letras femeninas

Nobieza de almas

Para «El Eco de Cartagena»

Una tarde—risueña tarde del mes de Mayo—, por el paseo del pueblo, animado por la juventud que todas las tardes á la misma hora,—¡oh, monotonía!—acudía á pasear, llamé la atención de todos, una mujer que cruzaba el paseo;

que deteníase de vez en cuando y miraba por entre la multitud con curiosidad y fijeza mal disimulada y á aquel que de ella hacía objeto, dirigía la vista donde se encontraba sus amigos, é interrogaba si por ellos era conocida, á lo que contestabanle con una negativa.

Ya al final del paseo, deténeseme y vuelvo la cabeza hacia atrás y como hablando consigo misma, murmura: —No está. Iré á su casa.

Penetra en una callejuela mal alumbrada en la que se oye como un rumor las risas argentinas y los gritos de las mujeres.

Aquella mujer enlutada, alta, delgada, iluminada por algún rayo de luna; que al andar producía un ruido sordo en la mal empedrada calle, sola, caminando como con el pensamiento en algo que era ajeno á las ruindades humanas, parece, ó un hada triste, ó una bruja que vá á citas de Infierno.

— 64 —

Un marinero cruzó entre los grupos tocando una campana: era la señal para que bajaran á tierra los que no fueran pasajeros.

La confusión se hizo mayor, abrazos, apretones de manos, adiós, lamentos... todo se mezcló en desorden algarabía, al fin quedó despejada la plancha que fué retirada sobre el muelle; la puerta se cerró; los remolcadores hicieron crujir las gruesas amarras atadas al buque y éste, arrastrado por ello, se fué lentamente separando del murallón.

Todavía durante largo rato se cruzaron adiós entre los que quedaban y los que partían; luego, la distancia se hizo mayor, no alcanzaron las voces y se agitaron los pañuelos; el buque dobló la boca del puerto, volvieron los remolcadores; ya en marcha, bajó á su lancha el práctico, y poco después pasaron las últimas boyas y el buque navegó por el revuelto y turbio río al empuje poderoso de sus hélices, dejando atrás la gran ciudad envuelta en sol que poco después no fué más que una gran faja obscura, y luego ligera niebla que acabó por perderse en el horizonte.

No hay nada tan encantador, para el que no sufre las angustias del mareo, como una travesía por mar, sobre todo si el tiempo es bueno y el buque confortable.

Las horas se deslizan insensiblemente: el des-

Al volver una esquina, encuentra se la extraña mujer, con un grupo de chicas y chicos á los que pregunta:

—¿Le habéis visto?

—No, no le hemos visto. Hace días que no se le ve por ningún sitio.

—¿Quién es esa mujer?—pregunta á parte una de las jóvenes.

—Es una pobre loca pacífica.

Al morir su marido, sintió tanto su muerte, que enloqueció de dolor.

La llevaron á un manicomio, y ahora hace poco que ha salido creyendo está bien, pero tendrán que velarla en alguno.

De pronto prorrumpe en llanto y de su garganta se escapa un grito inarticulado.

—¿Qué es?—pregunta la joven.

—Que le están tirando todo al vestido.

La «hazaña» era obra de unos chiquillos sin sentimiento del bien, que habían querido divertirse un rato á costa de aquel ser privado de razón.

¿Es que porque un ser no esté en completa posesión de sus facultades mentales, hay derecho á burlarse tan despiadadamente de él?

Pero, no. Ellos no tienen culpa de ser así. Á cargo de sus padre, de sus profesores, está inculcar en el niño el amor que debe tener á su prójimo y más cuando ese prójimo es desgraciado física ó moralmente, sin que creyeran á quien tiene esa obligación muy religioso, muy católico, fanático, no.

Se puede tener un gran corazón y no por eso ser juzgado en esa forma.

Y quien tiene esa obligación y no la cumple, si algún día ese niño á quien debió inculcar en su alma buenos consejos y doctrinas, si ese niño, ya hombre, es malo, no ama á sus semejantes, porque no le enseñaron á amarles, así como hizo aquella acción cruel con la loca, hará otras y quien sabe si por capricho, por placer solo hundirá en el pecho de otro hombre al mismo tiempo que su odio, su puñal.

¿Ya el responsable de ese acto?

No. Solo el que está encargado de su educación.

Ese es el responsable moral, por-

que aunque él sea el criminal la mano homicida, quien no cuidó su corazón de llevarlo por senda que debía llevarlo, es el responsable moral de aquel crimen, de aquella villanía, de aquella infamia.

¡Si tuviésemos buenas escuelas!

Porque lo mismo en las escuelas del Estado que en las privadas, ese sentimiento debía ser mirado con más cariño, con más ardor; pero desgraciadamente son pocos los centros de enseñanza españoles, en que esa cuestión es estudiada como merece serlo.

No basta que lo prediquen, es necesario que los niños vean con ejemplos tangibles lo que el maestro explica; y á falta de esos ejemplos de otra cualquier manera que sea más eficaz en ellos, debe abordarse ese punto.

Sino solo se conegirá que el pueblo español, dentro de muy poco, esté formado de seres innobles de torpes sentimientos y peores condiciones.

Olimpia D'aulnau

La cuestión del pan

Madrid 17-9 m.

En el ministerio de la Gobernación se reunieron Sánchez Guerra, el gobernador de Madrid, el nuevo alcalde de Prado y Palacio y varios representantes de los tahoneros.

El ministro les manifestó el propósito decidido del Gobierno, de hacer cumplir á todos, sus deberes de ciudadanía.

Los fabricantes de pan acogieron complacidos las bases del ministro de la Gobernación.

En el Consejo de hoy se tratará nuevamente este asunto.

ACTUALIDADES

El Gobierno yanqui va á entregar al embajador alemán una nueva nota con motivo del hundimiento del «Hesperian».

Y siguen las notas americanas.

Pero hay que fijarse en el cuidado que lleva Wilson de no desafi-

— 61 —

que fué á poco de desaparecer usted lo que le cuento. ¡En fin, lo pasado... pasado!

Ahora he venido con una compañía de bandidos... aquí para entre nosotros. No me lo pagan mal y vamos tirando. ¿Y á usted, qué tal le pinta?

—Bien, no puedo quejarme. Trabajo mucho, pero hasta me sirve de distracción.

—Usted ha sido siempre muy sentadito. Yo le calé á las primeras de cambio. Aquello no le iba... créame á mí... Conque, ya nos veremos, porque supongo que irá usted al Teatro. Ayer hemos empezado, ya le avisaré cuando haga algún papel de los míos. En Madrid no tuvo usted ocasión de verme. Adiós, don Luis; hasta la vista.

Finalizaba el mes de Octubre: la fuerza del trabajo iba cediendo á medida que avanzaba la Primavera, y Luis solicitó y obtuvo una licencia de tres meses para volver á España.

En fuerza de ahorro llegó á reunir unos cuantos pesos que le permitían hacer la travesía cómodamente y llevar á cabo un proyecto que, muertas sus ilusiones, era el único objeto de su viaje.

Comprar á perpetuidad la sepultura de su madre, poner una losa, dejar en ella una corona y un beso y volver otra vez á la tierra hospitalaria donde encontró trabajo y pan.